



SEMANA SANTA • GUADALCANAL 2003

PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 2003

ALBERTO
DE LA HERA
PÉREZ-CUESTA

P R E S E N T A C I Ó N DEL PREGONERO

ALBERTO DE LA HERA PÉREZ-CUESTA

pronunciada el Domingo de Pasión 6 de abril de 2003, en el Cine-Teatro Emperador
por PLÁCIDO DE LA HERA.

A migos, paisanos, queridos buenos amigos:
Es una enorme alegría ser este año el presentador del Pregonero.
Si presentar al pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal es, ya de por sí, un acto hermoso que produce una gran satisfacción, presentar al Pregonero de este año supone, para mí, algo que no sé explicar con palabras.

Vosotros, amigos míos, ya sabéis quién es: mi hermano, mi hermano mayor. Aquél en el que mis dos hermanas y yo y muchos amigos y compañeros de colegio siempre nos mirábamos: simpático, cariñoso, inteligente, emotivo. Mitad hombre práctico, mitad soñador.

Dios le concedió todo lo necesario para comprender y ayudar a los demás. Y le dio también la voluntad de hacerlo.

En un mundo tan lleno de egoísmos, no siempre se le ha agradecido su generosidad y su entrega. Es el precio que pagan los hombres cabales, los hombres de buena voluntad.

Yo le llamo, a mi hermano Alberto, el hombre de las sorpresas. La primera de ellas fue, cuando siendo muy joven, terminó los estudios de bachillerato y llegó el momento de elegir unos estudios universitarios. Mi padre, nuestro buen padre, era farmacéutico, o mejor, boticario -sí, porque entendía su profesión como un servicio a la sociedad: le gustaba charlar con todo el que entraba en su farmacia, hacerse amigo suyo, interesarse por sus problemas, no sólo de salud, y aconsejarle y ayudarle-.

A boca llena puedo decir que nuestro padre fue siempre un hombre de bien, un boticario honesto que jamás negó su ayuda a quien quiera que la necesitase, fuese quien fuese, pudiese pagar o no. Y entendiendo así su profesión y conociendo el carácter de su hijo mayor, mi padre le propuso que estudiara la carrera de Farmacia.

Alberto, que todo lo medita, todo lo piensa, todo lo somete al visto bueno de su cabeza y de su corazón, que nunca se precipita al responder, aquella vez fue rápido. Fue la primera sorpresa: Papá; lo que tú quieras, menos Farmacia.

He pensado muchas veces en el por qué de aquella respuesta. Yo, que he seguido con orgullo los pasos de mi padre, que siempre he procurado imitarle en su comportamiento profesional, he llegado a pensar que lo que le ocurría a Alberto es, sencillamente, que se le quedaba chico el mostrador de una Farmacia. No le bastaba esperar a que entrase a buscar ayuda la persona necesitada. Quería ir a buscarla, enseñar a los demás a ser mejores, prepararlos para que supiesen caminar por la vida con una buena preparación cultural y una buena formación humana y moral. Así es como se lucha y se trabaja por construir un mundo mejor.

Pero primero tenía que prepararse él, cultivar y modelar su mente, su inteligencia y su espíritu. Así que cuando mi padre, sorprendido, le preguntó: Farmacia, ¿no? Bueno hijo, tú dirás entonces. Y Alberto le respondió: Quiero estudiar Filosofía y Letras.

Mi padre, nuestro padre, se quedó de una pieza. ¡Pero hijo!, con eso ¿se gana dinero para comer?

Como veis, el diálogo no tiene desperdicio y nuestro padre iba de sorpresa en sorpresa. Aún le quedaban otras.

Pues -contestó Alberto- no sé, papá, si con la carrera de Filosofía y Letras se ganará o no dinero para comer, pero si tú quieres puedo estudiar además otra. Abogado, por ejemplo.

¿Las dos a la vez?

Sí, claro. ¿Por qué no? Además papá, yo había pensado que, si tú quieres, podría irme a Italia a estudiar la carrera de Derecho Canónico. Siempre he sentido interés por conocer cuáles son las leyes por las que se rige la Iglesia y cuál es su historia. Así que me gustaría irme a Roma y...

Mi padre, asombrado, le interrumpió: ¡Y estudiar tres carreras a la vez! Sí, hijo, sí. Oye, y ¿no te interesaría también aprender algunos idiomas en tus ratos libres? ¡Si es que te van a quedar ratos libres!

Sí. Ya lo había pensado. Cuando acabe mis estudios quisiera viajar a Alemania y a Francia. Por el dinero no te preocupes, ¡ya me las apañaré! Tú, sólo dame tu permiso.

¡Faltaría más! -mi padre ya ni se sorprendía- ¡Adelante, hijo! demuéstrete a ti mismo que eres capaz de lograr todo lo que te has propuesto.

Lo hizo todo. Se dejó la vista y la juventud pegado a su mesa de estudio, rodeado de libros y de apuntes y a los 23 años había terminado tres carreras con sobresaliente cum *laude* y aprendido cinco idiomas.

Por aquel entonces yo me matriculaba en el primer curso de la carrera de Farmacia.

Y tú, hijo, -me dijo mi padre- ¿no quieres estudiar además alguna otra carrera?

No, no, papá. Yo con una me apaño. ¡Y nada de idiomas, ¿eh?, nada de idiomas!

Mientras, Alberto se sentía ya capacitado para prestar un servicio grande a la sociedad y decidió presentarse a unas oposiciones para hacerse Catedrático. A aquella dura oposición, además de Alberto -al que le encantaba ya, y le sigue encantando, reírse a carcajadas leyendo tebeos de Tintín o de Mortadelo y Filemón- se presentaron tres o cuatro señores de cuarenta años, muy sesudos, con el colmillo retorcido y mucho tiempo de Profesor universitario a las espaldas.

Bueno, de todos aquellos aspirantes a ser Catedrático, no tengo que decir quién ganó la oposición.

Y no mucho tiempo después, ya estaba en la Universidad Complutense de Madrid primero como Decano y luego como Vicerrector y luego como Secretario General; y puesto que, entre escribir libros, dar clases, impartir Seminarios, etc., etc., todavía tenía tiempo y le gustaba mucho el teatro, se hizo comentarista de teatro en la radio y en algunas revistas especializadas en la materia. Y poco a poco aprendió tanto, conoció a tanta gente del teatro, se implicó de tal manera y aprendió tanto, que sus opiniones y consejos eran buscados y escuchados con respeto. Y sucedió lo que tenía que suceder: que el Ministro de Cultura le llamó para que ocupase el cargo de Director General de Teatro.

El realizar tantas actividades requiere un tiempo largo, que Alberto entregó sin reservas a sus diferentes tareas. ¡Tantos años de vida fecunda!, ni siquiera le habían dejado tiempo para buscar novia. Y cuando se dio cuenta de que en su vida faltaban un hogar, una esposa y unos hijos, andaba ya por los 50 años.

Entonces frenó en seco y, como siempre, se puso a pensar: soy tres veces Doctor, Asesor de los Gobiernos de Estados Unidos, Italia, Hungría, Rusia y un largo etc. en diversas materias relacionadas con mis especialidades. Consejero de las Naciones Unidas sobre libertad religiosa, tolerancia y no discriminación en la educación escolar. He publicado un montón de libros de Historia y de Derecho. Esos libros que mi hermano Plácido dice que deberían venderse en las farmacias como medicina contra el insomnio. He sido, ¡he sido y soy tantas cosas! Pero no tengo un hogar, alguien con quien compartir penas y alegrías, éxitos y fracasos, una mujer que me quiera y a la que querer.

Y la encontró en María José, una navarrita joven, intelectual como él, que hoy es Directora de Estudios de Postgrado en el Instituto de Estudios

Fiscales, en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Una mujer capaz de comprenderlo y de alentarle, que le dio, además, dos hijos: Carmela -¿cómo podía poner Alberto otro nombre a su hija que no fuese el de su madre a la que siempre adoró?, a la que quería con locura y con la que se entendía con sólo mirarse- y Nicolás, el chaval más buena gente que he conocido en mi vida. En eso ha salido a mí. Que todo hay que decirlo.

Pues bien, ahora, cumplida aquella hermosa etapa, nos lo encontramos como Director General de Asuntos Religiosos en el Ministerio de Justicia. Y lo es por la sencilla razón de que no hay en España y, quizás, casi en el mundo, otro canonista de igual prestigio.

¡Y aquí entra Guadalcanal! Porque Dios hace las cosas tan bien hechas que gracias a su cargo, a su influencia y a su prestigio, Guadalcanal tiene un altísimo tanto por ciento de probabilidades de coronar canónicamente a su Patrona. La Iglesia va a reconocer que nuestra Virgen de Guaditoca representa, no sólo en nuestra devoción y en nuestro cariño, sino también canónicamente, a la Madre de Dios, a la Reina del Cielo y de la tierra, ¡y por eso va a ser coronada! ¡La Virgen de Guaditoca: Reina de los Cielos!

Es cierto que el pueblo entero se ha volcado para conseguirlo. Pero Guadalcanal es un pueblo modesto, pequeño y necesitábamos alguien que pudiese y supiese tocar los resortes precisos. Y surge Alberto. Ahora, amigos míos, guadalcanalenses todos, a trabajar con entusiasmo y pronto.

Varias veces le habíamos pedido a mi hermano que diese el Pregón de nuestra Semana Santa y nunca se había atrevido:

"Yo no sé hablar", decía.

Ha hablado a la gente del Teatro, de la Iglesia, de la Universidad, ha dado conferencias en todo el mundo y en todos los idiomas. ¡Pero dice que no sabe hablar!

"No tengo valor para eso", decía.

Ha estado en Rusia en tiempos de Brézhnev, con aquel inmenso país assolado por el ateísmo más feroz; y en el Berlín separado del mundo libre por un Muro infranqueable, en el Berlín en que cualquier manifestación religiosa constituía un delito que podía significar la deportación a Siberia, Alberto cargaba con la maleta cargada de rosarios, de Biblias y de estampas de la Virgen -;tal vez de la Virgen de Guaditoca!- y se atrevía a entregárselas a los cristianos perseguidos en aquellos duros tiempos ;Pero dice que no tiene valor!

No había modo de convencerlo. Hasta que se me ocurrió la gran idea:

Alberto: vas a dar el Pregón porque se lo debes a la Patrona, porque se lo debes a papá y a mamá que están hoy pendientes de nosotros desde el Cielo. Vas a dar el Pregón porque se lo debes al Cristo bendito de las Aguas de cuya Cofradía eres hermano desde niño, y cuya túnica has vestido desde que, con 4 ó 5 años, ibas al colegio del Espíritu Santo, allá arriba en el Convento de las Hermanas de la Doctrina Cristiana, donde tantas generaciones de guadalcanalenses aprendimos a amar a la Virgen.

Sí, Alberto, vas a dar el Pregón porque se lo debes a tu amigo Enrique Gómez-Álvarez, a tu pariente Ismael, a tu amigo Pelito, a Luisín Fontán, a Pepito Romero, a Ignacio Núñez, a Joaquín García. Se lo debes a todos esos amigos de tu niñez que ya se fueron y que en estos momentos se agolpan en los balcones del Cielo dispuestos a aplaudirte a reventar.

Porque tu Pregón será el de ellos, tu ilusión la de ellos, tu palabra y tu corazón los de ellos, que van a hablar hoy por tu boca desde lo más hermoso, lo más querido, lo más hondo de tus recuerdos del niño que eras entonces y que aprendió aquí el valor de la amistad, el valor de la risa y del llanto, el valor del abrir poco a poco, paso a paso, los ojos a la vida y descubrir que siempre habrá aquí alguien que te recuerde con cariño.

Si, Alberto, nos vas a dar el Pregón ¡porque se lo debes a Guadalcanal!

Y cuando un día te jubiles y la vida te siente en un sillón (ojala que dentro de mucho tiempo), como sentó también a mamá a los 80 años y a papá a los 90, cuando, rodeado del amor de tu esposa y de tus hijos, te visiten tus amigos, cuando ya sólo se vive de recuerdos, verán tu casa llena de medallas, de diplomas, de condecoraciones que has ido ganando a pulso a lo largo de muchos años de entrega y de servicio. Y entonces, tal vez con paso vacilante y mano temblorosa, acercarás a tus amigos a un rinconcito de una vitrina y les dirás:

Mirad esta placa. No es de oro, ni es la de más valor, pero es para mí la más querida, la más entrañable, el más hermoso regalo que jamás me hizo nadie.

Entonces se acercarán a la vitrina y leerán lo siguiente en la placa:

"Semana Santa. El Consejo de Hermandades a su pregonero D. Alberto de la Hera Pérez-Cuesta, Guadalcanal 6 de abril de 2003". Y él les podrá decir: Sí. Esta placa es para mí el regalo más querido porque me la regaló el pueblo donde quiero ser enterrado, el pueblo donde están enterrados mis padres. Me la regaló MI PUEBLO DE GUADALCANAL.

Pero, ¡faltan aún tantos años para eso! Porque, sí Dios quiere, Alberto dispondrá aún de mucho tiempo para seguir disfrutando de la Cátedra, del Teatro, de su mujer y de sus hijos, de sus muchos amigos, y ojalá que de nuestro pueblo.

Y precisamente a nuestro pueblo va a regalarle su Pregón. ¡Él, que no tenía valor para ello! ¡Él, que no sabía hablar, va a darnos hoy un Pregón singular! Un Pregón alejado de todos los que hemos oído hasta el momento. Porque tal vez no esté tan familiarizado como nosotros con nuestra Semana Santa por haberle llevado la vida lejos de sus raíces. Pero yo sé dónde han estado siempre su corazón y sus recuerdos.

Cada vez que nos vemos el diálogo es siempre el mismo:

¿Qué pasa por el pueblo?, ¿qué ha sido de aquel amigo mío que se marchó a Barcelona, Esteban Iern se llamaba? ¿Y de aquél que jugaba tan bien al fútbol? Oye, ¡no te olvides de mandarme la Revista de FERIA! ¿Y las familias Quintero y Pizarro? ¿Y tantos otros amigos y conocidos desde la infancia? Y esto, y lo otro y lo de más allá.

Sí, yo sé dónde están el corazón y los recuerdos de Alberto. Sé que se sabe de memoria los nombres de nuestros Cristos y de nuestras Vírgenes. Sé que sabe mucho más de nuestra historia que muchos de nosotros. Sé que jamás se olvidó de Guadalcanal.

Por todo esto y por mucho más sé que su Pregón va a ser como un dulzor de miel que acaricia el alma y se nos va a colar muy hondo a cada uno de nosotros, de tal manera que al acabar nos dejará pensando. Y más de uno dirá:

Verdaderamente, este hombre, a pesar de haber volado por tantos paisajes y tantos cielos, jamás dejó de ser uno de los nuestros, porque nuestros paisajes, nuestros cielos y nuestras gentes -a pesar de la distancia- ¡son su paisaje, son sus gentes y son su cielo!

Sr. Cura Párroco, Consejo de Hermandades, Excmo. Sr. Alcalde, Autoridades, cofrades, costaleros, capataces, aguador, cerero, músicos, floristas, hombres y mujeres de Guadalcanal, Ismael, Carmelo, Pelito, Enrique, Ignacio Núñez, Luis Fontán, Pepe Romero, Joaquín García, Papá y Mamá.

Con todo mi orgullo y todo mi cariño, aquí tenéis ante vosotros al Pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal del año 2003: ¡Alberto de la Hera!

Plácido de la Hera
Pérez-Cuesta



PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE GUADALCANAL

pronunciado

por

ALBERTO DE LA HERA

cofrade de la Hermandad del Cristo de las Aguas y

Nuestra Señora de los Dolores

el domingo 6 de abril de 2003.

Ayer, cuando venía hacia Guadalcanal, al rebasar Cazalla, comencé a sentir que estaba volviendo a casa. Me lo decían el aroma de los campos y el color del paisaje.

Comencé, sí, a reconocer por su nombre a muchas fincas: El Lagar, El Inquisidor, Cruz Verde -a la que tanto amó mi padre-, Gómez, Urraca, El Gallo, Dos Hermanas... ¡Cuántos nombres, cuántos recuerdos entrañables!

Llegamos a Guadalcanal a la par que el mediodía y, como por arte de magia, Maruja, mi cuñada, puso sobre la mesa un banquetazo, improvisando de maravilla algunos de mis platos favoritos.

Buen comienzo, me dije yo. Y ahora, cuando acabemos de comer, habrá llegado la hora de descansar un poco, que el viaje desde Madrid hasta estas tierras no ha resultado corto.

¡Ni hablar!, dijo mi hermano Plácido. Ahora mismo nos vamos a ver la Feria de Muestras. ¡Tienes que conocerla! ¡Te vas a quedar pasmado!

Y me quedé pasmado. ¿Cómo es posible que un pueblo tan pequeño sea capaz de montar un tinglado de tal categoría? ¡Qué stands, qué ofertas de artesanía, de muebles, de dulces, de todo! ¡Cuántos Ayuntamientos representados!... Es increíble... Y, luego, el encuentro con los viejos amigos, su abrazo sincero, su cariño...

Salimos de allí a la carrera para llegar a tiempo a la Santa Misa, y otra vez el asombro, ahora por el Coro, por la belleza y calidad de sus canciones, adornando la sobriedad digna y señera de la Función de los Hermanos de la Soledad.

Al terminar la Eucaristía, el Consejo de Hermandades me esperaba en la Sacristía y todos tuvieron para mí palabras de amistad y de ilusión; y hasta el Párroco, D. Eduardo, me llevó a tomar unas cervezas con sus correspondientes y exquisitas tapas, tan ricas que no hubo otra que repetir, de modo que se nos vino encima la noche.

Bueno, Plácido, ahora ya a la cama ¿no?

Ahora, vamos al cine-teatro, me respondió.

Y allá que nos fuimos. Estaba rebosante de un público que aplaudía entusiasmado a las Bandas de música. Escuché sus últimas actuaciones y yo también me puse a aplaudir con el mismo entusiasmo. Se lo merecían de verdad.

Al final del concierto, el director me preguntó que Marchas Procesionales quería yo para hoy, para abrir este acto del Pregón de nuestra Semana Santa. Le pedí "Amargura" y "Madrugá", dos Marchas que son, a mi gusto, de las mejores que existen en el mundo.

El Teatro se fue quedando vacío y, cuando ya me disponía a marcharme, aparece un grupo de hombres y mujeres de buena voluntad cargados de estandartes, flores, macetas de pilistras, y montan un maravilloso escenario, y uno de ellos me dice: Vamos a hacer las pruebas de sonido. Y a ello nos pusimos...

A mi es difícil agotarme, pero anoche casi lo consiguieron; me fui agotado -o casi- a dormir, pero dejando montado todo, y además a la perfección, para que este Pregón de hoy saliese todo lo bien que Guadalcanal se merece. Si no es así, mía será la culpa, que vosotros, todos, todo el pueblo, todas las Hermandades, tantos amigos, tantos enamorados de la Semana Santa, habéis puesto de vuestra parte todo lo necesario y más de lo necesario. Tanto, que a mí, cuando al fin me encuentro ante vosotros y tengo que ponerme a hablaros, lo primero que se me ocurre deciros con mi corazón en la mano son solamente dos palabras:

¡Gracias, Guadalcanal!

Dignísimas Autoridades de Guadalcanal,

Señor Párroco,

Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades y Cofradías,

Hermanos y Cofrades de la Semana Santa de nuestro pueblo,
Amigos de tantísimos años,
Señoras y Señores.

Acabo de decir "nuestro pueblo", y lo he dicho dándome muy bien cuenta de lo que decía. No nací aquí, pero aquí vivían mis padres antes de mi nacimiento y aquí me trajeron apenas recién nacido. Es decir, que me llevaron a nacer a Granada, porque entonces estos acontecimientos tenían lugar en las casas y no en clínicas ni hospitales, y mi joven madre quiso tener a su primer hijo en la casa de sus padres.

Y, puesto a nacer en Granada, lo hice el día de la fiesta de la Patrona de aquella ciudad, el día de la Virgen de las Angustias; y lo hice a la hora en que la Virgen estaba recorriendo en procesión las calles de mi patria chica. No era Semana Santa; estábamos en septiembre, pero la Virgen había salido a la calle llevando a su Hijo muerto en su regazo; una imagen de la Soledad, una imagen perfectamente encuadrable en un Viernes Santo, cuando el Señor ha sido ya descendido de la Cruz y su Madre le da el último adiós antes de dejar que lo lleven al sepulcro. Una Virgen de la Soledad, como la que cada Viernes Santo recorre las calles de Guadalcanal, como la de la Hermandad de los amores de Francisco Ortiz Rodríguez, Pregonero que con muchos más méritos que yo ha cantado varias veces la gloria de un pueblo que vive una maravillosa Semana Santa y la gloria de una Semana Santa que vive en un pueblo maravilloso.

Apenas nací, mi padre me hizo hermano de dos cofradías, la de Nuestro Padre Jesús y la del Cristo de las Aguas. Él me explicó más adelante que los morados era la hermandad de la familia Rivero, y los blancos la de los De la Hera, y que como De la Hera y como Rivero quería él que perteneciese a ambas. De niño hice durante varios años, saliendo de la entrañable Iglesia de la Concepción, la estación de penitencia con los blancos. Con los morados no la hice nunca, tal vez porque mi madre pensaba que la madrugada no era la mejor hora para un niño.

Y sí que lo era, porque cuando los Pasos de Nuestro Padre Jesús y Nuestra Señora de la Amargura pasaban por delante de nuestros balcones, toda la familia salíamos a rezarle a unas imágenes que conmovían profundamente mi corazón de niño. Yo veía a Jesús con la Cruz a cuestas, agobiado bajo el peso del madero, y mi madre me explicaba que aquel madero eran los pecados de los hombres; que mis pequeñas desobediencias, mis rabietas, egoísmos, los pequeños pecados que puede cometer un niño, pesaban sobre los hombros del Señor y causaban la Amargura de la Virgen.

Y de allí brotaba una oración sencilla, la oración infantil del "voy a ser bueno", que la vida me ha ido demostrando que es algo cada vez más difícil y más fácil: más difícil, porque al hacerme mayor se multiplicaron las ocasiones de pecar, y de encorvar más las espaldas de Cristo, y de cubrir de más amargas lágrimas el rostro de María; y

más fácil, porque al ir descubriendo el misterio de la Semana Santa, al contemplar aquí los pasos con las diversas advocaciones de Dios y de su Madre, fui descubriendo a la vez en ellos el torrente de amor y de gracia con que me ayudaban a amarles, a guardarles la fidelidad prometida desde un balcón de la farmacia paterna -calle entonces de San Sebastián, frente a la Plaza- cuando miraba esos pasos con la mirada inocente de mis primeros años.

Al contemplar los pasos. El Cristo del Amor y Nuestra Señora del Rosario. Un borrico, había dicho Jesús, será mi trono en Jerusalén. Una borriquita llevando en sus lomos la oculta majestad de Dios. Un borrico que parecía conducirlo al hosanna de las palmas y los ramos de olivo, y le estaba en realidad conduciendo al Calvario. Un camino que sólo por amor lo puede recorrer un hombre: no hay amor más grande que dar la vida por sus amigos. El Cristo del Amor, sublime historia de un Dios que se hace hombre, pasea su gloria sobre un borrico aclamado por los niños de Guadalcanal, mientras la Virgen del Rosario contempla con sus ojos de Madre todos los misterios de gozo, de dolor y de gloria en que se iban a convertir su vida y la de su Hijo, para que nosotros recibiésemos el cielo que el Señor nos prometía y que iba a ganar para nosotros.

Al contemplar los pasos. El Cristo de la Humildad sentado en la Peña y Nuestra Señora de la Paz. La Hermandad de los costaleros, de la que son hermanos esos hombres, esos muchachos, esos jóvenes admirables que en las demás son Cireneos. ¿Recordáis al Cireneo? Fue el padre de Alejandro y de Rufo. Dios le regaló a sus dos hijos el precioso don de la fe, para que contaran entre los primeros seguidores de los apóstoles. Maravilloso premio para quien fue el primer costalero de la primera Semana Santa. Rememoremos la escena. Cristo camina con la cruz auestas. Cae a tierra, se levanta, apenas puede andar. Una multitud ociosa le contempla. Gente que ha salido de sus casas, mujeres que han interrumpido la tarea doméstica, hombres que nada tenían que hacer a esa hora. Y también un hombre que se ha encontrado con la triste comitiva al volver de su granja. Era el final de la mañana y Simón de Cirene regresaba de trabajar. Vendría cansado, sin duda. Se levantó al alba y marchó al campo. Trabajó hora tras hora. Y regresa a casa, para sentarse un rato, para beber un vaso de vino fresco, para descansar de la faena agotadora. Pero no. No podrá descansar. A él le obligaron los soldados a cargar con la cruz. "¿Por qué a mí?" pudo preguntarse. "¿Por qué no a cualquier otro menos fatigado que yo?"

Me pregunto y os pregunto: cuántas veces, ante el dolor, ante la desgracia, ante cualquier mal momento de la vida, ante la cruz, no habremos gritado a Dios: ¿por qué a mí? ¿Cuántas veces el Señor nos ha invitado a ser sus costaleros y le hemos dicho que no? El Cireneo no se preguntó nada de eso; cargó con el madero y tomó parte en la empresa redentora. Sabemos que atrajo la fe para sus hijos. Sabemos que una parte, pequeña si queréis, a la medida de un pobre hombre como tú y como yo,

una pequeña parte de la redención la llevó a cabo el Cireneo, en los únicos minutos de su Pasión en que Cristo pudo descansar.

Los costaleros de Guadalcanal han recibido esa llamada, esa petición de auxilio de Jesús. No les obligaban soldados, nos les forzaron centuriones ni verdugos; ellos solos, por sí mismos, voluntariamente, se metieron debajo de los pasos y se cargaron con la Cruz. Ellos, porque libremente quisieron darle a Dios una prueba de amor, cargaron con la cruz y permitieron a Jesús descansar unos momentos.

Por eso es su Cristo el Cristo de la Peña. Jesús descansa en el camino redentor. Lleva sobre sí todos los estigmas de su pasión: la caña que remeda a un cetro, las espinas que simulan una corona, el paño de púrpura con que cubrieron los sayones la saliva de los hombres y la sangre de Dios. Los hombres han hecho burla de él, y a esa burla han respondido los costaleros dándole al Señor un momento de Paz.

Y Paz se llama la imagen de su Virgen. La Paz, que es siempre compañera de la Humildad y de la Paciencia. De la soberbia no nace la Paz. De la ambición no nace la Paz. Ni nace la Paz de la guerra ni del terrorismo. Dios le ha quitado el reino de los cielos a los soberbios y se lo ha dado a los humildes. Jesús le dijo a los suyos: "La paz, os dejo, mi paz os doy. No os la doy yo como la da el mundo". Y esa es la Paz del abrazo de hermanos en la Santa Misa, es la paz de los corazones que se olvidan de sus egoísmos para amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos. Esa es la paz que ha llenado de felicidad la vida y la muerte de mucha gente humilde y paciente.

Esa es la Paz de la Virgen de los Costaleros, la que ellos -en un rasgo de generosidad que cada año se repite cada vez con mayor amor- le regalan cada miércoles santo a Jesús para que suba hasta el Calvario con el ánimo entero, el cuerpo pronto al sacrificio supremo, el alma puesta en su Padre que va a perdonar todos los pecados de los hombres y en esos hombres a quienes su muerte redime abriéndoles las puertas del cielo; gracias también a que un costalero, aliviándole de su carga, le ayudó a que pudiera subir hasta la cruz y morir en ella por nuestra salvación. Al agradecerle hoy, ya a veintiún siglos de distancia, aquel gesto de amor al Cireneo, podemos decirle que ha tenido muchos imitadores, y que su sacrificio no fue vano: desde la peña, desde la cruz, desde el cielo, Cristo besa cada día la frente llena de sudor de los cientos, miles, millones de costaleros a los que vosotros, costaleros de Guadalcanal, tan admirablemente representáis en nuestra Semana Santa.

Al contemplar los pasos. La Hermandad de la Vera Cruz. Cristo amarrado a la columna, el Cristo de la Sangre, y Nuestra Señora de la Esperanza. Acabamos de hablar del Cristo de la humildad, y vamos a hablar ahora del Cristo de la Humillación.

Ha sido detenido, arrastrado al Palacio del Gobernador romano, enviado a los Sumos Sacerdotes, presentado ante el pueblo: "¿A vuestro Rey voy a crucificar?" pregunta Pilatos a las turbas. "No tenemos más rey que el César", le contestan los sacerdotes y los escribas, los fariseos y los saduceos. Son los egoístas, los explotadores, los que han vendido a su pueblo por un plato de lentejas, por unas migajas de riqueza y de poder. Esos dicen ahora que no tienen más rey que el César; el César que un día destruirá su templo, que ellos han convertido -también se lo echó en cara Jesús- en cueva de ladrones. Por eso le odian. Porque les ha señalado como lo que son, sepulcros blanqueados, que cumplen la letra y no el espíritu de la ley, que le dan gracias a Dios porque ellos son mejores que los demás hombres. Los soberbios entregan a Jesús, y el cobarde ordena crucificarle. Pilatos sabía que aquel hombre era inocente, pero tiene miedo y le condena, lo entrega a la soldadesca para que se ensañen con él y le maltraten. Los fariseos desde la soberbia, Pilatos desde el miedo, los soldados desde la ignorancia. ¿En qué grupo estamos nosotros?

Cristo es amarrado a la columna y azotado con vergajos que tiñen de sangre su cuerpo y de dolor su alma. ¿Pueden los hombres tratar así a quien ha venido a salvarles? ¿O todo está perdido y no hay esperanza para esa humanidad cruel, acobardada o ensoberbecida?

¡Sí que hay esperanza! ¡El paso en que la Madre sigue el camino de su Hijo es el de la Virgen de la Esperanza! ¡No hay pecado que Dios no pueda perdonar!; ¡no hay llaga que Él no pueda curar!; ¡no hay odio que Él no pueda aplacar! Para quien pide perdón hay esperanza siempre. Dios no nos ha creado para mandarnos al infierno; su infinito amor cubre todas nuestras fealdades; Dios nos encuentra hermosos, como obra salida de sus manos. Somos nosotros, mujeres y hombres creados a su imagen y semejanza, quienes manchamos la obra divina con el pecado de nuestra boca, el pecado de nuestras manos, el pecado de nuestra mente, el pecado de nuestro corazón. Pero Dios no condena a nadie; solamente se condena quien rechaza el amor de Dios. Esa persona se condena a sí misma en el momento en que Dios le ofrece la fe y ella prefiere creer en otros dioses, en el dinero, en el sexo, en el poder, en la vanidad. Se condena a si misma en el momento en que Dios le ofrece el amor a los demás y ella prefiere autoamarse, cerrar los ojos a toda necesidad de otros para buscar tan sólo su propio bien. Y se condena a sí misma cuando Dios, al menos, le ofrece esperanza, lo último que se pierde, el último recurso para poder recuperar la gracia divina, y esa persona rechaza también la esperanza y vuelve el rostro hacia otro lado y no quiere mirar el rostro de Dios.

¿Cómo puede alguien mirar hacia otro lado cuando tiene delante a la Virgen de la Esperanza? En nuestro Guadalcanal, la Esperanza sale a la calle, el Jueves Santo, el día de la cena eucarística y también el día de la traición de Judas; y sale para decirnos

a todos los que, en este pueblo de sierra -blanco como la pureza y verde como la esperanza misma-, la amamos y la cantamos y la llevamos sobre el corazón, que nunca perdamos la esperanza en su Hijo. Que por grande que sean nuestros pecados es mayor su misericordia. Y que, por grande que sea nuestro entusiasmo por la Semana Santa de Guadalcanal, mayor es la alegría de Dios al atravesar nuestras calles y plazas, al escuchar las saetas que, unos con la garganta y otros con el deseo, todos le cantamos, y al comprobar que en este mundo que parece perdido hay muchos lugares -y Guadalcanal es uno de ellos -donde los corazones vibran de amor por María y de fidelidad a llamada de Jesús: Venid a mí todos los que estéis angustiados; venid todos mil hijos de Guadalcanal, porque yo tengo palabras de vida eterna.

Al contemplar los pasos. El Jueves Santo ya ha pasado. La Santa Cena ya ha tenido lugar. Cristo ha dicho a sus apóstoles que repitan siempre, por los siglos y los siglos, el recuerdo de aquella noche incomparable. No sólo el recuerdo: la realidad de su presencia en el Sagrario, donde desde entonces ansía siempre, con las ansias que sólo da el amor, que vayamos a visitarle y recibirle.

Las últimas sombras de la noche se van a extinguir, y el alba se asoma al mundo. Yo he visto muchos anocheceres y muchas madrugadas en mi vida. He recorrido el mundo entero. He estado en Suecia cerca del Polo Norte y en Chile cerca del Polo Sur. He estado en Filipinas, en las tierras por las que sale el sol, y en el Pacífico por donde el sol se pone. Y no he visto nunca ningún anochecer, ni ninguna madrugada, tan mágicos como la noche del Jueves al Viernes de la Semana Santa, de cualquier Semana Santa andaluza, de cualquier Semana Santa sevillana, la Semana Santa de mi pueblo. Hablé antes del Paso del Señor con la Cruz a cuestas por delante de mi balcón de niño. Así como la víspera del día de Reyes de los Reyes Magos me acostaba soñando en los juguetes, y aquella noche resultaba maravillosa, así la noche del Jueves Santo de Guadalcanal se cierra con la Esperanza que vuelve al templo y la madrugada del Viernes se abre con la maravilla del Cristo que portando la Cruz sale a la calle, inigualable imagen del supremo amor de Dios hacia los hombres.

Puede un año llover y otro hacer frío. Puede un año lucir el cielo el esplendor de todas sus estrellas. Pueden un año cubrir las nubes el techo negro de la noche o abrirse con el amanecer la explosión de colores del firmamento. Da lo mismo: la madrugada es siempre igual, momento cumbre de un Guadalcanal enfervorizado que sale, olvidado el sueño, a ver aparecer al Cristo en la puerta de la Iglesia con la Plaza entera apagada, a verle subir al Espíritu Santo, a verle regresar por los linderos del Palacio.

En lo más alto del Espíritu Santo estaba el colegio de las monjas. Sé que a Adriano Atalaya o a Ezequiel Rius no se les ha olvidado que allí se consolidó una amistad que durará mientras vivamos, que allí hicimos -esto no se le ha olvidado tampoco a Carmela Ortega ni a Mary Pepa Yanes- nuestra Primera Comunión, en un

día del mes de mayo en que caía aquel año la fiesta del Sagrado Corazón. En el Palacio jugábamos al fútbol con una pelota de trapo, esperando que apareciera Pipole -los de entonces sí que recordamos al municipal más famoso del pueblo- para salir corriendo y descolgarnos a la carretera por el poyete de la poza. A la Plaza nos retirábamos cuando, después de la feria, en el Palacio comenzaba a hacer frío y tocaban a su fin las vacaciones veraniegas.

Pero llegaba la Semana Santa, y Palacio y Plaza y Espíritu Santo, y Santa Ana, y Granillos y Camacho, y San Sebastián y Concepción, y Milagros y Mesones, dejaban de ser escenario de juegos y carreras, porque entonces Guadalcanal deja de ser Guadalcanal y se transforma en Jerusalén; una Jerusalén nueva y enamorada, donde a Dios no se le odia sino que se le ama... ¡como las mujeres y los hombres de este pueblo sabéis hacerlo!; donde se recuerda a Jesús en su Pasión redentora para cargar nosotros -convertidos entonces todos en costaleros- con la fealdad del pecado y la miseria del mundo, que queremos quemar en el altar de nuestra Semana Santa. Porque eso es Guadalcanal en Semana Santa: un altar donde las mujeres y los hombres de este pueblo bendito miran cara a cara a Nuestro Señor Jesús y le dicen: ¡Señor, aquí tienes, no a un solo cireneo sino a un pueblo entero para ayudarte a llevar la cruz!

Pasa la madrugada y llega el día, y la Virgen de la Amargura y Nuestro Padre Jesús han regresado a la Parroquia. Parece que la imagen del Cristo tiene un gran parecido con la del Cristo de los Gitanos de Sevilla. Es lógico, habiendo ambas salido de las manos del mismo escultor. Pero además de lógico es hermoso: para Dios no hay blancos ni negros, gitanos ni payos, occidentales ni orientales; para Dios hay almas, y las ama a todas por igual. Por las almas se hizo Él varón de dolores, cubierto de suciedad, manchado de sangre, lleno de tierra, desnudo, pobre, sufriente, para que nosotros aprendiéramos a considerarnos también todos iguales, sin distinción de raza, ni de lengua, ni de color, ni de cultura, ni de nada que separe, rompa, agriete o dañe la universal hermandad de los hijos de Dios, por quienes, por todos a la vez y por igual, derramó Cristo su sangre salvadora.

En la tarde del Viernes, los negros hacen su estación penitencial. Paco, a quien recordé cuando hablé de la Hermandad de los Costaleros, os ha dicho en otros pregones -yo, que no los escuché, pero que sí que los he leído, no he podido hacerlo sin emocionarme-, os ha dicho que la Soledad es también la hermandad de sus amores. Para muchos de vosotros tendrá el entierro de Cristo la misma emoción que para mí: en este pueblo hay un cementerio, que es para mí el más entrañable del mundo. Allí reposan mis padres esperando la segunda venida del Señor. Allí es donde busco el apoyo en el cielo de quienes me enseñaron en la tierra a amar a Dios y a la Virgen.

Y en este pueblo, en cada Semana Santa, acompañamos a Cristo a su cementerio, a aquella tumba que le prestó José de Arimatea -qué ejemplo de pobreza, pues verdaderamente no tenía Jesús ni donde caerse muerto; hasta el sepulcro tuvieron que prestarle-. Le acompañamos a Cristo en su Santo Entierro, y damos compañía a la Virgen que se ha quedado sola. Ya no tiene en sus brazos a su Hijo. Ya no tiene el consuelo de besarle. Ya no puede lavar su rostro con sus lágrimas. Nunca ha estado la Virgen más necesitada de nosotros. ¿Seremos capaces de dejar sola a la Virgen de la Soledad? Creo que puedo, en nombre de todo Guadalcanal, decirle que nunca, nunca, nunca, la dejaremos sola.

Cuando, caída ya la noche, regresa la Madre a recogerse -su Hijo yace ya en su sepulcro, y ahora le toca a Ella sentir en su carne la llaga de la soledad-, Guadalcanal entero se reúne a la puerta de la Iglesia para mostrarle su amor a la Reina de los cielos que se ha convertido en madre desolada. ¿Sabéis de otro dolor como su dolor? Entre vosotros habrá tal vez una madre que ha perdido a su hijo. Si estás aquí, una madre que haya pasado por ese terrible trance, podrás comprender mejor que nadie a la Virgen. Mis padres perdieron a una niña de apenas cinco meses. Nunca hablaban de ello, pero yo pude darme cuenta, siendo ya un hombre, cuarenta años después de aquella muerte, que para ellos la pena continuaba siendo tan grande como el primer día. Por eso ahora mis padres, cuando en el cielo se asoman al balcón de las nubes para ver la Semana Santa de Guadalcanal, entienden muy bien a la Virgen y corren a consolarla. Pero la Virgen ya no necesita consuelo. Su Hijo -lo veremos enseguida- ha resucitado, en Jerusalén hace dos mil años, en Guadalcanal y en nuestra alma en cada Semana Santa; por eso, en cada momento en que sentimos en nuestra carne el zarpazo de la soledad, volvemos los ojos a Jesús, y vamos a consolarnos con María.

Pero antes de verle resucitado, vamos a ver a Cristo en el Calvario, abriendo en la cruz sus brazos con gesto de sacerdote eterno. Esta idea, que aprendí de labios de San Josemaría Escrivá, refleja a la perfección lo que representa y hace Cristo en la Cruz. Los brazos los abren los parientes o los amigos para darse un abrazo; los abre nuestro Párroco en la Santa Misa para desearnos que el Señor esté con nosotros. Los abrimos como símbolo de paz. Cristo en la Cruz es el sacerdote que nos abraza, nos convoca a la reconciliación universal, nos invita eternamente a la paz. La muerte de Cristo en la Cruz es el más formidable grito de amor y de entendimiento entre los hombres que se haya proferido jamás.

En nuestro Guadalcanal, recorre las calles, desde el trono de dolor de la cruz, el Cristo de las Aguas, mi hermandad. Una lanza piadosa, para acelerarle la muerte y acortarle el sufrimiento, hendió en el Calvario el costado de Jesús. De la herida brotó agua. Ya no le quedaba una gota de sangre. El Cristo del Agua ha derramado toda, absolutamente toda, su sangre por nosotros. ¡Qué llamada a la entrega a los demás, a empeñarnos con alma y vida en la empresa redentora! Ahora ya sólo le queda agua.

Un agua que derrama en nuestro pueblo en cada Semana Santa, regando nuestros corazones para que la cosecha de bien sea entre nosotros cada vez más abundante. En un pueblo de agricultores, la importancia del agua y el valor de la cosecha son términos que nos resultan familiares y sabidos. Por eso aprecia mejor Guadalcanal lo que supone que nuestro corazón esté a veces reseco, porque sabemos que el amor propio seca, resquebraja, no da frutos; y sabemos que la entrega a los demás es, en cambio, como el agua en el campo, fructífera y fecunda. Y por eso buscamos por las calles de la Semana Santa el torrente de gracia que nos regala, a manos llenas, el agua que brota del costado del Santísimo Cristo de las Aguas.

La escena del Calvario, que culmina la redención, es la más dramática, y la más esperanzadora a la vez, que han contemplado los ojos de la humanidad. Hay que acercarse a la cruz para escuchar las últimas palabras de Cristo. Estuvieron junto a él su Madre, y el discípulo amado, Juan. Ella le oyó decir: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"; y a Juan le dijo a su vez: "Ahí tienes a tu Madre". Amigos míos de Guadalcanal, cofrades, costaleros: ¿no pensáis que cada uno de nosotros es San Juan, y que a cada uno nos ha dicho Jesús quién es nuestra madre, y que a María le ha dicho quiénes somos sus hijos? A todos nos ha puesto Jesús en manos de su Madre, a todos nos la ha confiado. Guadalcanal lo sabe, y la ama, y confía en ella. Le ha dado muchos nombres. En la hermandad de los blancos la llamamos de los Dolores, porque no cabe mayor dolor que el suyo al ver morir a Jesús, y al saber que muere por nuestros pecados. Pero ahora es el momento de decirle que no llore más: ¡no llores más, Señora de los Dolores, porque si tú eres nuestro dolor nosotros queremos ser tu consuelo!

Fue el consuelo y la esperanza lo que Jesús le prometió a un hombre que habían crucificado junto a Él. Junto a la cruz de Cristo los soldados crucificaron también a otros dos hombres, uno a su derecha y otro a su izquierda. Nada dicen los Evangelios de que esos hombres tuviesen una madre al pie de su cruz. Ni un amigo. Ni nadie que asistiese a su muerte. No tenían con quien hablar, salvo aquel tercer crucificado que junto a ellos estaba. Y con Él hablaron.

Uno le dijo: "Sí tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Y el otro: "Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino". Al primero le llamamos todos el mal y al segundo el buen ladrón. Pero yo me he sentido siempre muy cerca del primero, quizás porque, de encontrarme en su caso, hubiese dicho lo mismo. Las palabras del mal ladrón son completamente humanas, reflejan muy bien -no sé si hemos pensado en ello alguna vez- nuestro comportamiento de cada día. Con la mano en el corazón: ¿cuántas veces oramos al cabo de la vida para pedirle a Dios acompañarle al paraíso, y cuántas para pedirle que nos baje de la cruz? Creo que rezamos mucho más para pedir lo segundo que lo primero. Pedimos salud, dinero, solución a un problema, que pase pronto una aflicción, salir de un apuro, que tenga fin un sufrimiento.

Le pedimos a Dios que nos baje de la cruz. Es lo que hizo el mal ladrón. Y no podemos reprochárselo; el mismo Cristo nos dijo que pidiéramos y hallaríamos, que llamáramos y se nos abriría. Es lo que hizo el mal ladrón había dolor, Pero en su petición no había dolor, no había arrepentimiento, no había otra cosa que visión humana y no visión sobrenatural. No pidió perdón. No aceptó que él era culpable y Jesús inocente. Con la ceguera egoísta que tantas veces inspira nuestra oración, solamente pidió salud para su cuerpo, no para su alma. Creyó que Cristo no le había oído, pero Cristo sí que le oía, Sólo que no estaba allí para corregir los dolores de la vida, sino para llenarlos de sentido divino: "Hoy mismo -le dijo al buen ladrón- estarás conmigo en el paraíso". Al Dios que nos ofrece la gloria ¿no se la rechazamos nosotros muchas veces a cambio de una corta felicidad pasajera? No nos extrañe que la Virgen del Cristo de las Aguas se llame de los Dolores, porque Jesús nos la ha ofrecido como Madre y nosotros -más de una vez- no hemos querido recibirla. Guadalcanal, en su Semana Santa, se convierte en pañuelo para recoger el agua del costado del Señor y enjugar las lágrimas maternas de la Virgen.

Si Cristo no hubiese resucitado, sería falsa nuestra fe. Si Cristo no hubiese resucitado, el pecado habría triunfado sobre la virtud. Si Cristo no hubiese resucitado, la muerte habría vencido a la vida. Pero Cristo resucitó. Lo supo primero la Virgen. La primera aparición del Hijo tuvo que ser para su Madre, pero fue una escena demasiado íntima; demasiado amor para hacerlo público, demasiado amor entre Madre e Hijo para pregonarlo. siquiera a Lucas, el evangelista que recogió de los labios de la Virgen todos los recuerdos de la infancia de Jesús, le contó María el secreto encuentro de la Madre y el Hijo. Y fue -es hermoso que así ocurriera- otra mujer la que recibió -por así decirlo- oficialmente la primera noticia de la Resurrección: la Magdalena. Una mujer -nadie lo olvide- a la que se le había perdonado mucho porque había amado mucho. Las mujeres comprenden mejor que los hombres esos momentos tan imposibles de describir de la incontenible alegría del corazón.

Y luego dos discípulos: Pedro, la roca firme en que se iba a asentar la Iglesia, y Juan, el que le había acompañado en la Cruz. Y luego los demás discípulos. Y luego, los últimos de todos, el apóstol Tomás y tú y yo, los que necesitamos ver para creer, los ciegos que no queremos curarnos, los que exigimos ver las llagas de las manos y la herida del costado para dejar de pensar que nuestro Dios era incapaz de salvarnos, incapaz de resucitar, los que -como el mal ladrón- dejamos de creer o de rezar si no nos bajan de la cruz, los que no pensamos que para resucitar a la gloria hay que morir al pecado, que para resucitar para el amor hay que morir a la codicia, a la ingratitud y a la egolatría.

Menos mal que también a esta conversión del espíritu nos llama la Semana Santa. Ven, nos dice el Señor. Y nos repite lo que le dijo a Tomás, el apóstol incrédulo: toca con tus dedos mis manos y mete tu mano en mi herida. A eso salen todas las

Hermandades a la calle, a mostrarnos al Señor sufriente primero y luego resucitado, para que nuestros ojos vean y ayuden a creer a nuestra fe. Por eso, al concluir la Semana Santa, todos somos mejores. Por eso, a la hora de la tentación, hemos de recordar para vencerla la hora de nuestra Semana Santa, cuando amar a Dios nos parece lo más natural del mundo, y la promesa de nuestra fidelidad nos brota de la boca a borbotones.

Al contemplar los pasos. La Hermandad de la Resurrección no tiene paso de la Virgen. Es una Hermandad de gloria, y a la hora de la Gloria, a la hora de la alegría, toda madre se esconde para dejarle el goce a sus hijos. La Madre dolorosa nos deja el sitio a nosotros. ¡Pero Guadalcanal sí que tiene una Virgen de gloria: su nombre es Guaditoca!

Los Dolores, la Esperanza, la Soledad, el Rosario, la Paz, la Amargura, son todos nombres de la Virgen. Guadalcanal la llama Guaditoca. Los otros nombres, maravillosos todos ellos, los compartimos con Sevilla, con tantos pueblos, con muchas Semanas Santas de cada rincón andaluz. Son los nombres universales de nuestra madre la Virgen, y se nos llena la boca de cariño cuando los pronunciamos. Son nombres para decirlos a los cuatro vientos: con estos nombres, que reflejan mejor que nada la historia de la Pasión, proclamamos los católicos a la Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre de todos nosotros. Pero así como en cada familia suele haber un apelativo cariñoso, un modo íntimo de llamar a la madre, o a un hijo o a una hija, un nombre familiar que, fuera del círculo de la casa no significa nada y dentro lo significa todo, así también en Guadalcanal tenemos un nombre nuestro para llamar a la Virgen. El nombre que le damos en familia, en la gran familia que somos todo el pueblo.

Cuando yo era niño, casi antes de saber que la Virgen se llamaba María, supe que se llamaba Guaditoca. Los niños no preguntan estas cosas, las dan por hechas. La Patrona del pueblo era la Virgen de Guaditoca, y así se llamaba para mí la Virgen. Luego fui enterándome de muchas cosas, de muchos nombres, de muchos misterios. Aprendí a llamar, a la Virgen, María, que es el precioso nombre que le dieron sus padres; y Carmen, que es el nombre de mi madre y de mi hija y de mi hermana; y Soledad, que era el nombre de una hermana de mi madre a la que yo quería muchísimo, y es ahora el nombre de una de mis cinco sobrinas preferidas; y Macarena, porque así la llamamos en la Semana Santa de Sevilla... Pero todos esos nombres eran nombres para todos; aquí, en Guadalcanal, tenemos nuestro propio secreto familiar: nuestra Virgen se llama Guaditoca. Y a ella le gusta, en su Ermita en invierno, en la Parroquia en verano, vestida de reina o de pastora, en su altar o en la romería, que vayamos a verla y le digamos: Dolores, Carmen, Amargura,

Soledad, Esperanza, todas las palabras más bonitas del diccionario, que siempre se quedan cortas para hablar de nuestra Madre, la Virgen de Guaditoca, Pastora nuestra y Reina de los cielos.

Guadalcanal te quiere te llames como te llames. Guadalcanal, como todo pueblo, que a fin de cuentas no es sino un grupo de hombres y mujeres, tiene sentimientos humanos, late con un corazón humano, y necesita, como todo lo que es humano, el consuelo y la ayuda de lo divino para sobreponerse a sus miserias y levantarse hasta tu trono de gloria. Hasta el cielo no puede penetrar nuestra mirada, tan corta que sólo abarca la tierra. Y, en la tierra, Jesús nunca estuvo más cerca del cielo que cuando lo levantaron en la Cruz; tú, su madre, fuiste la primera creatura que lo vio levantarse. Tus ojos, los primeros que Él vio desde lo alto.

Cuando ahora la cruz recorre nuestro pueblo, seguida siempre de cerca por tus ojos, tienes que saber que también nosotros, cofrades, hermanos, costaleros, mujeres y hombres, niñas y niños, celebramos el recuerdo de la Pasión porque ella nos conduce a la Resurrección y al trono de la Reina de Guadalcanal, María de Guaditoca, cuya coronación canónica estamos preparando no porque pensemos que a la Virgen le falta nada para reinar, o que la Virgen necesita de una corona para ser la reina de nuestros corazones.

La queremos coronar porque a la madre se le regala todo lo mejor, porque nunca es bastante lo que le damos -aunque sea tan material como una corona- para agradecerle su cariño, su constante oración por nuestro pueblo. Y cuando, en nombre de la Iglesia, las manos de un sucesor de los Apóstoles, de un Apóstol, de un Juan que cuidó de Ella, de un Tomás que pudo tocar y crear, de un Santiago patrón de España que fue el primer apóstol en derramar su sangre por defender el mensaje de Cristo, cuando unas manos sacerdotales coloquen una corona sobre la cabeza de la Virgen de Guadalcanal ¡esa corona parecerá de oro, pero será de amor! ¡En cada uno de sus florones estará la flor inmarchitable del amor de Guadalcanal por María, nuestra Patrona la Santísima Virgen que nosotros llamamos Guaditoca!

Y voy a terminar. Lo haré dedicando una palabra a mi presentador. No comencé por agradecerle su presentación porque entre hermanos sobran los cumplidos. Si yo aquí nada le dijese, es porque ya nos lo tenemos todo dicho. Pero no quiero reservarme para la tertulia en familia la gratitud que le debo por esta presentación y por muchísimas más cosas. En los cuentos infantiles que yo leía de pequeño, el hermano mayor era siempre el malo y el menor era siempre el bueno. Se ve que los autores de esos cuentos nos conocían a Plácido y a mí. Yo ya no tengo padres a los que ver. Pero, detrás de mí tengo tres hermanos que valen todo lo que se quiera dar por ellos y mucho más todavía. Plácido, que con palabras de tantísimo cariño me ha servido de presentador, él, pregonero de varias Semanas Santas de

Guadalcanal, mucho más del pueblo que yo, mucho más cercano a vosotros, que de Semana Santa la sabe todo mientras que yo sólo sé lo que de él he aprendido.

Y María del Carmen, viuda de un sevillano que en Guadalcanal está también enterrado porque así lo quiso él mismo; hermana de mi corazón que, por más cercana a mí en edad -no mucho, que es bastante más joven, pero al fin de cuentas la más cercana a mí fue mi compañera de juegos infantiles en el Guadalcanal de mi niñez, cuando subíamos los dos la cuesta del Espíritu Santo para ir al Colegio de las Monjas y el viento del invierno nos echaba para atrás, y para remontar la calle teníamos que apretarnos a la pared y yo la abrazaba para ayudarla -niña pequeña al fin- a subir hasta arriba con la tartera del almuerzo y la mochila de los libros.

Y Pepa, la menor de todos, que se enamoró del Señor y con Él se marchó a seguir su vocación de entrega, la monja de la familia que reza por todos nosotros y gracias a la cual somos mejores.

Gracias a mis hermanos, también a la otra Pepa, la que con cuatro meses se fue al cielo. Yo le pido muchas cosas, porque pienso que allá en lo alto su principal ocupación será ocuparse de sus hermanos.

Y gracias, finalmente, a mi mujer, María José, la esposa incomparable que Dios me ha regalado, que hubiese venido hoy si obligaciones familiares ineludibles no la hubiesen retenido. Ella ha sentido muchísimo no acompañarnos; su sacrificio me ha permitido a mí venir, y nunca tendré suficientes palabras de gratitud para darle las gracias por ello.

Tengo también dos hijos, que enriquecen la vida de María José y la mía con la belleza de la inocencia de los niños, que tanto amaba Jesús. También a ellos los presento hoy ante los ojos de madre de nuestra Virgen de Guaditoca, para que los haga tan santos como sus padres queremos y esperamos que lo sean.

Y, finalmente, gracias a Guadalcanal, al Sr. Párroco, a las Juntas de las Hermandades y a sus Hermanos Mayores, a quienes me habéis llamado a hablaros en esta mañana de abril, preludio de la estupenda Semana Santa serrana de la que estamos todos orgullosos. Cuando sudéis debajo de las trabajaderas, costaleros; cuando preparéis los pasos, hermanas y hermanos que cuidáis de las telas, de las flores, de las velas, de los mil detalles de cada misterio de la Pasión; cuando caminéis en la procesión, cofrades; cuando veáis pasar por delante de vosotros las sagradas imágenes, amigos todos de Guadalcanal, este año, al menos por esta vez, además de todo aquello por lo que queráis rezar, rezad también por lo que voy a pedir: por la Paz, con mayúscula, que Cristo vino a traer a la tierra; por el Papa, que es Pedro entre nosotros, y que sacando de modo increíble fuerzas de flaqueza va a volver a España para pedirnos que seamos los testigos de la Fe en este mundo descreído, y para canonizar a nuestra paisana de Sevilla Sor Ángela de la Cruz; y, si queréis hacerme ese

gran favor, también por este pobre pregonero que por esta vez se atreve a pedir para su propio bien la oración de cuantos habéis tenido la paciencia y el cariño de escucharme.

Gracias por todo eso. Gracias por vuestro amor a la Semana Santa.

Gracias, Guadalcanal.

.